



La fundamentación Bíblica en las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión

Cleber Fábio Oliveira Teodosio, C.M.

The Province of Rio De Janeiro, Brazil

clefabio@gmail.com

Abstract

This article explores the biblical foundations of the *Common Rules* of the Congregation of the Mission, written by Saint Vincent de Paul and officially presented in 1658. Divided into three sections, the study first examines Vincent's deep relationship with Scripture and how it shaped his spirituality and mission. The second section analyses the twelve chapters of the *Common Rules*, highlighting the explicit and implicit biblical citations that structure Vincent's teaching. The final part reflects on how these Rules can still be lived today as a guide for Vincentian identity and mission. The article shows that for Vincent, the Word of God was not merely a source of personal edification but a transformative power for evangelization, especially among the poor. His famous phrase, "Jesus Christ is the Rule of the Mission," affirms that biblical witness remains central. Though current Constitutions date from 1984, the *Common Rules* retain enduring spiritual and theological relevance.

Cet article explore les fondements bibliques des *Règles communes* de la Congrégation de la Mission, rédigées par saint Vincent de Paul et officiellement présentées en 1658. Divisée en trois sections, cette étude examine tout d'abord la relation profonde de Vincent avec l'Écriture et la manière dont celle-ci a façonné sa spiritualité et sa mission. La deuxième partie analyse les douze chapitres des *Règles communes*, en mettant en évidence les citations bibliques explicites et implicites qui structurent l'enseignement de Vincent. La dernière partie réfléchit à la manière dont ces Règles peuvent encore être vécues aujourd'hui comme un guide pour l'identité et la mission vinciennes. L'article montre que pour Vincent, la Parole de Dieu n'était pas seulement une source d'édification personnelle, mais une force formatrice pour l'évangélisation, en particulier parmi les pauvres. Sa célèbre phrase, « Jésus-Christ est la Règle de la Mission », affirme que le témoignage biblique reste central. Bien que les Constitutions actuelles datent de 1984, les *Règles communes* conservent une pertinence spirituelle et théologique durable.

Este artículo explora los fundamentos bíblicos de las *Reglas Comunes* de la Congregación de la Misión, escritas por San Vicente de Paúl y presentadas oficialmente en 1658. Dividido en tres secciones, el estudio examina en primer lugar la profunda relación de Vicente con la Escritura y cómo esta configuró su espiritualidad y su misión. La segunda sección analiza los doce capítulos de las *Reglas Comunes*, destacando las citas bíblicas explícitas e implícitas que estructuran la enseñanza de Vicente. La última parte reflexiona sobre cómo estas Reglas pueden seguir viviéndose hoy en día como guía para la identidad y la misión vicencianas. El artículo muestra que, para Vicente, la Palabra de Dios no era solo una fuente de edificación personal, sino un poder transformador para la evangelización, especialmente entre los pobres. Su famosa frase, « Jesucristo es la Regla de la Misión », afirma que el testimonio bíblico sigue siendo fundamental. Aunque las Constituciones actuales datan de 1984, las *Reglas Comunes* conservan su relevancia espiritual y teológica.



Keywords: Reglas Comunes, Biblia, Fundamentación, San Vicente de Paúl.

“Es imposible adquirir el espíritu de la Misión sin observar las reglas,
en donde está contenido y compendiado” (SV ES XIb, 775).
São Vicente de Paulo

Introducción

San Vicente de Paúl contribuyó significativamente al ejercicio de la misión y de la caridad en la Iglesia de Cristo, entregándose por entero como misionero del Padre, evangelizador de los pobres, formador del clero y organizador de obras caritativas y sociales, fundando instituciones eclesiales que aún hoy existen e inspirando el surgimiento de nuevas fundaciones en todos los continentes, que actúan como presencia de Dios entre los más pobres y necesitados.

El objetivo de este trabajo es analizar la fundamentación bíblica de las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión, fundada por San Vicente de Paúl. La investigación se divide en tres capítulos: En primer, presenta aspectos importantes de la vida de Vicente en relación con la Palabra de Dios, analizando cómo el santo utilizó la Biblia para desarrollar su misión en el mundo. El segundo capítulo subraya la esencia de cada uno de los doce capítulos y destaca las citas bíblicas que fundamentan lo que San Vicente defendió en las enseñanzas, orientaciones y deliberaciones del documento, centradas en los Textos Sagrados y en la persona de Nuestro Señor, hasta el punto en que San Vicente resume: “Jesucristo es la Regla de la Misión” (SV XII, 130). En el tercer capítulo, nos proponemos arrojar luz sobre cómo vivir hoy las Reglas o Constituciones Comunes.

Al igual que San Vicente se vio influido en la redacción de las Reglas Comunes por autores como Bérulle, Francisco de Sales e Ignacio de Loyola, estas Reglas también sirvieron de inspiración para diferentes fundaciones posteriores, según Flores (1995, p. 542) “más de un centenar de comunidades se orientan de cerca o de lejos en la ‘barquita de San Vicente y observan su estrella’, como: Redentoristas, Salesianos y Misioneras de la Inmaculada Concepción”.

Como San Vicente en las 27 conferencias sobre las Reglas Comunes, o el entonces Superior General P. Richard McCullen, CM, en la carta de presentación de las Constituciones actuales, recomiendan que las Constituciones sean leídas, rezadas y vividas. También nosotros creemos que las Constituciones en su conjunto deben ser vividas. Flores (2000, p. 406) sugiere que empecemos por leerlas sencillamente, como una *lectio*, profundicemos en ellas y, finalmente, hagamos que cobren vida. Si no se viven las Constituciones, se cae en una anomia que acabaría haciendo un flaco favor a la Congregación.

Aunque la Compañía se rige actualmente por las Constituciones y Estatutos publicados en 1984, el texto original de las Reglas Comunes, escrito y entregado por San Vicente a los misioneros el 17 de mayo de 1658, no ha perdido su sentido. El texto aparece íntegro en la edición actual, entre los documentos Constituciones y Estatutos, con la clara

intención de que las Reglas Comunes sigan siendo leídas, rezadas y vividas también en nuestros días y en el futuro.

1. San Vicente y su relación con la Palabra de Dios

San Vicente de Paúl fue un hombre muy atento a la Palabra de Dios en su vida. Una Palabra de la que se empeñó en dar testimonio, enseñándola y viviéndola, así como influyendo en las personas para que aplicaran también en su vida cotidiana la sabiduría revelada por Dios y eternizada en su Palabra. Un saber que no se limita a las palabras, sino que se pone en práctica con los más pobres. “La Biblia, especialmente los Evangelios, nos permite conocer a Jesús, sus proyectos y sus sentimientos. Para Vicente de Paúl, la Biblia era la mediadora del encuentro con Cristo, el Evangelizador de los Pobres” (FONSATTI, 2003). San Vicente tenía un alto grado de familiaridad con la Palabra de Dios, lo que le ayudó, según Wisniewski (2008, p. 164), a hacer “una lectura evangélica de la sociedad de su tiempo”, [ya que] “la Palabra de Dios fluía espontáneamente en su boca, y con gran intensidad”. El acceso a la Palabra de Dios es hoy muy fácil, pero no siempre fue así. Analizando el contexto histórico de la época del Santo, podemos comprender mejor cómo se relacionaban con las Sagradas Escrituras las personas que vivieron entre los siglos XVI y XVII.

1.1. El acceso a la Biblia: del siglo I al XVII

Según la Nueva Biblia Pastoral (2014), Biblia (del griego “*biblion*”: rollo) es la Sagrada Escritura, el conjunto de libros del Antiguo Testamento (AT) y del Nuevo Testamento (NT), (del hebreo “*berith*”: alianza), que contienen las doctrinas que guían el comportamiento de los cristianos.

Desde los primeros testimonios del acceso a los textos bíblicos, los encontramos siempre en el interior de templos, sinagogas, monasterios e incluso en las grandes bibliotecas imperiales o reales. El acceso a la Palabra por parte de las primeras comunidades cristianas se produjo de forma secreta y oral, en las familias o en las catacumbas de una región de la actual Europa y Oriente Próximo dominada por el Imperio Romano, y a través de las cartas escritas y enviadas por Pablo y otros autores católicos a los pueblos que iban abrazando la fe del cristianismo naciente.

Después de que el cristianismo fuera finalmente aceptado por el emperador Constantino (272-337) y luego ratificado por Teodoro I (379-395) (MATOS, 2007, p. 31) como religión oficial del Imperio, la fe pudo difundirse con mayor libertad, se dio estabilidad al Papa en Roma y se facilitó que más gente entrara en contacto con la Palabra que también estaba escrita, pero pocas personas sabían leer, y tener una biblia en casa era un lujo sólo para gente rica, religiosa y culta. Con el cristianismo y el advenimiento de las universidades en la Edad Media, la Biblia se afianzó en los círculos académicos y, más que para el conocimiento, el libro sagrado fue utilizado por los ilustrados para disputarse el saber, lo que llevó al consejo regional de Tolosa (1229) a prohibir, según Aquino (2018), la lectura de la Biblia en lengua vernácula a los cristianos laicos. Tras esta etapa, los Papas (Pío VI, Benedicto XV, Pío XII, etc.) volvieron a fomentar la lectura de la Biblia.

La democratización de la Biblia comenzó con la Reforma Protestante, cuando en 1517 Martín Lutero tradujo la Biblia al alemán y lideró una reforma cristiana contra la

Iglesia de Roma. La Iglesia reaccionó con la Reforma Católica (1545), convocando ese mismo año el Concilio de Trento, que según Matos (2007, p. 73), realizó “una obra notable, definiendo la ‘identidad católica’ en el conjunto de la Cristiandad”, estableciendo entre otras medidas la adopción de la Vulgata como traducción oficial de la Biblia.

En tiempos de la Cristiandad, cuando los poderes religiosos y políticos estaban prácticamente acompañados, la espada y la cruz se confundían. En aquella época había constantes disputas entre católicos y protestantes, ya que muchos nobles franceses se convirtieron al protestantismo, especialmente a la corriente creada por Juan Calvino (1509-1564). Vicente vivió en la Iglesia de Trento, que ofrecía la imagen de una organización poderosa, consciente de su prestigio y poder.

Según Fonsatti (2003), la vida espiritual de la Iglesia de la época “se centraba en el misterio del hombre, marcado por el pecado original, pero con capacidad para encontrarse con Dios”. Más que la insatisfacción de reyes y príncipes y el descontento de la burguesía con la cuestión de los negocios, los beneficios y los abusos de los miembros de la Iglesia con la venta de reliquias e indulgencias, la polémica contra la autoridad del Papa y los obispos pesó mucho en el estallido de la Reforma Protestante.

Además de la amenaza protestante que había estallado y se estaba imponiendo con fuerza en diferentes países europeos, la Iglesia en Francia aún tenía que enfrentarse a otro problema: el jansenismo. Este sistema teológico nació con Jansenius, obispo de Yvres en Bélgica, cuando publicó su obra “Agustín”. Según Fonsatti (2003), tras la muerte de su creador, el jansenismo “evoluciona hacia un movimiento de espiritualidad” con el abad del convento francés de Saint-Cyran como cofundador. San Vicente, en su ministerio, tuvo que enfrentarse al jansenismo (ROMÁN, 1981, p. 655), para mantenerse fiel a Dios y al Magisterio, encontraba la fuerza para ello en la oración y en las Sagradas Escrituras, ya que leía diariamente la Palabra de Dios y la recomendaba a sus seguidores (RC X, 8).

También en el contexto de Trento, surgieron en la Iglesia introducciones, teologías bíblicas y comentarios bíblicos que enfatizaban no la importancia de la Biblia, sino de la Tradición, combatiendo así el absolutismo bíblico del ala protestante. Según Fonsatti (2003, p. 25), la Iglesia de la época presentaba la Biblia como “sólo el primero de los ‘lugares teológicos’ de los que se extraían argumentos para justificar las doctrinas. El exégeta era sólo una especie de técnico que preparaba los argumentos a partir de las Escrituras que el teólogo utilizaría en las discusiones contra protestantes o ateos”. Así pues, la exégesis no era más que un servidor de la apologética y de la teología dogmática. Así, las discusiones sobre los textos bíblicos ganaron terreno en el siglo XVII y continuaron a lo largo de la historia.

1.2. San Vicente y la Biblia

Dada su situación de campesino, como la gente sencilla de su época, para Wisniewski (2008, p. 165) Vicente “tuvo su primer contacto con la Biblia a través de las narraciones bíblicas comentadas en el catecismo, en los sermones dominicales y en su propia casa”. Personajes como eclesiásticos y sus tíos paternos: “Stephen de Paul - prior del hospital de Poymartet y Domingo Dusin, párroco de Pouy cuando Vicente era joven” (ROMAN, 1981, p. 38) colaboraron significativamente en introducirle en la Palabra de Dios.

A su padre, Juan de Paúl, le agradó que Vicente entrara también en el clero, hasta el punto de que, con la ayuda del señor de Comet, en 1594, lo colocó en el liceo franciscano de Dax, donde los estudios de Vicente despegaron; tuvo contacto directo con

los Textos Sagrados, y según Román (1981), tras pasar brevemente por Zaragoza (España), obtuvo el bachillerato en Teología por la Universidad de Toulouse (Francia) en 1604. Antes, sin embargo, Vicente ya había tomado las órdenes sagradas, habiendo sido ordenado sacerdote el 23 de septiembre de 1600, en la diócesis de Périgueux, por la oración de la Iglesia y de manos del obispo François de Bourdeille.

En la universidad, Vicente tuvo un mayor contacto con la Biblia, aunque, como afirma Fonsatti (2003, p. 26), “no sabemos si el estudiante de teología Vicente era un gran conocedor de la Sagrada Escritura. La teología de la época era escolástica, muy metódica y poco existencial”. Una vez sacerdote, siguió nutriéndose de los Textos Sagrados, pero indirectamente, a través de las lecturas tanto del breviario como del leccionario. Hasta 1617, según Dodin (1989), Vicente de Paúl conocía poco la Biblia. Fonsatti (2003) señala también que hablaba de Dios, de la Providencia y de la Virgen María, pero el nombre de Jesús sólo aparece por primera vez en las Reglas de Caridad de Châtillon, fechadas en octubre de 1617.

Según Wisniewski (2008), Vicente fue moldeado y transformado gradualmente por la Palabra. Le ayudaron en este proceso la lectura de los salmos y los comentarios bíblicos de los Santos Padres. Para el autor, la Sagrada Escritura ganó más espacio en su vida durante las famosas repeticiones de oración, que crearon en Vicente una asimilación afectiva y efectiva de la Palabra de Dios. Tanto es así que, en su vejez, Vicente expresaba que “en la Sagrada Escritura no hay ninguna palabra de la que no se pueda sacar algún fruto, si se explica y se medita con cuidado” (SV ES XIa, 432).

El proceso de conversión de san Vicente tomó forma tras su llegada a París (1608), cuando experimentó un fuerte encuentro con los pobres hasta el punto de hacerle ver en ellos al mismo Cristo. “Dos hechos bien conocidos marcaron el punto de inflexión en su vida [...] en enero de 1617, descubrió al Cristo misionero en Gannes-Folleville, y en agosto del mismo año, en Châtillon-les-Dombes, se encontró con el Cristo servidor de los pobres” (FONSATTI, 2003, p. 26), dando origen al carisma vicenciano tal como lo conocemos hoy, relacionando cada situación con pasajes bíblicos: Lucas, 4,18-19 y Mateo, 25,34-40, respectivamente. Según Fonsatti (2003), San Vicente utilizó este texto de Lucas ocho veces para definir la misión de Cristo y de la Congregación, y lo adoptó en el escudo de armas de la Congregación de la Misión. El segundo, Mateo, se encuentra en todos los Reglamentos de Caridad redactados por el santo, así como en las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión (RC XI,8).

El encuentro de San Vicente con Jesucristo en la persona de los pobres cambió sustancialmente la forma del santo de entender su vocación y misión en el mundo, llegando a concluir que Jesús “es la regla de la Misión, él es el que habla y a nosotros nos toca estar atentos a sus palabras y entregarnos a su majestad para ponerlas en práctica” (SV ES XIa, 429).

1.3. El Cristo de San Vicente de Paúl

La Palabra y especialmente los pobres ayudaron a San Vicente a encontrarse con Jesús de Nazaret. La fe en la presencia de Jesús en los pobres se convirtió en la mística que guió toda su experiencia ministerial, transformando su indignación ética en solidaridad compasiva y acción comprometida con el Reino, a partir de la realidad de pobreza que asolaba Francia y el mundo de su tiempo.

Según Grossi (2016), el Pobre de Vicente es el propio Jesús, lo que le lleva a asociar la falta de la Palabra en el acontecimiento de Folleville con la conclusión de Jesús:

“Eran como ovejas sin pastor” (Mc 6,34a), y la falta de pan, identificada en Châtillon, con la preocupación del Maestro por el pueblo: “No tienen qué comer” (Mt 15,32b). Con esta nueva perspectiva, Vicente vivió el amor de los pobres, o más bien de Jesús en los pobres como don, como gracia del Espíritu, en la vida contemplativa: alegría mística al servicio de los pobres.

La visión cristológica de Vicente se vio también reforzada por la herencia espiritual de Pedro de Bérulle (1575-1629), Francisco de Sales (1567-1622) y Benoit de Canfeld (1526-1619), y adquirió un nuevo sabor cuando el santo emprendió su propio camino como discípulo misionero tras las huellas de Cristo Jesús. Su espiritualidad cristológica no era incorpórea, sino que se identificaba con un Cristo que servía a los pobres física y espiritualmente. Maloney (1998, p. 26) atestigua que “estas dos dimensiones de la misión de Jesús aparecen a menudo juntas en los escritos de Vicente; él ve la evangelización y la promoción humana como complementarias” y saber armonizar estas dos dimensiones en el trabajo pastoral es una actitud profética.

1.4. Cómo utilizó San Vicente la Biblia

Según Flores (1996, p. 23), la Sagrada Escritura, y especialmente el Evangelio, es la principal fuente de inspiración vicenciana; era importante tanto para su vida espiritual como para ayudar a las personas que acudían a él en busca de orientación espiritual.

La relación de San Vicente con la Biblia puede verse en sus diversos escritos: cartas, conferencias, documentos institucionales y repeticiones de oración. Coste (SV ES XII, 573-587) enumera los 1038 pasajes bíblicos citados explícitamente por san Vicente. De estos, según Flores (1996, p.24), 829 son del Nuevo Testamento: 512 se encuentran en los Evangelios, 251 en las Cartas Paulinas, y 66 en los otros libros del Nuevo Testamento.

San Vicente escribe a las Hermanas y a los Misioneros. Los textos dirigidos a las Hijas de la Caridad, Pierre Coste los recogió en los volúmenes IX y X, donde según Fonsatti (2003, p. 27) “hay 164 citas explícitas de la Sagrada Escritura, de las cuales 23 son del AT y 141 del NT. Hay también 1.755 citas implícitas o reminiscencias, de las cuales 428 son del AT y 1.327 del NT”. Los escritos dirigidos a los misioneros están organizados en los volúmenes XI y XII, donde Fonsatti (2003, p. 27) identificó “127 citas del AT y 203 del NT, sin contar las repeticiones de citas”.

San Vicente no utilizaba el lenguaje bíblico en un sentido uniforme y literal, sino con el corazón abierto al Espíritu, de modo que lo hacía revivir en su vida cotidiana, pero con el celo que exige el trato con la Palabra. Según Fonsatti (2003, p. 27), utilizaba fórmulas introductorias como: “como dice la Sagrada Escritura”, “como dice Dios”, “como dice Nuestro Señor”, “como dice San Pablo”, para presentar las citas. Continúa explicando que

de los 73 libros de la Biblia, citó 38 de los 46 que componen el AT, y de los 27 del NT, sólo tres no fueron citados. Los libros del AT no citados son: Primeras Crónicas, Esdras, Ester, 1 Macabeos, Rut, Abdías, Habacuc y Ageo. Los tres libros del NT no utilizados son: Filemón, Segunda y Tercera Cartas de Juan (FONSATTI, 2003, p. 27).

Según Wisniewski (2008, p.166), “Vicente lee los Evangelios desde la perspectiva del Carisma: la Voluntad del Padre y la salvación de los pobres. Vicente no pierde el

tiempo con el ropaje del Evangelio, va a lo esencial sin perderse en aspectos secundarios”. Incluso al hablar de la virtud de la sencillez, San Vicente repetía: “Dios me ha dado un aprecio tan grande de la sencillez, que la llamo mi Evangelio” (SV ES IXa, 546).

Según Fonsatti (2003), San Vicente no veía ninguna ruptura entre los dos Testamentos. Naturalmente, el santo utilizaba sobre todo el Nuevo Testamento. Fonsatti (2003) nos recuerda que el segundo capítulo de las Reglas Comunes de los cohermanos contiene, en 14 párrafos, 37 citas del Nuevo Testamento. Dodin (1947) escribía que “la espiritualidad de la misión no se basa en una teología del sacerdocio, sino en la doctrina de la identificación con Cristo por el Bautismo”. Vicente es esencialmente cristocéntrico en sus escritos, donde encontramos aproximadamente 400 citas explícitas de los Evangelios y más de mil alusiones a la vida de Jesús. “Fue a través de la lectura atenta y la meditación constante de los Evangelios como San Vicente descubrió a Cristo como Regla de la Misión”. Más que en las parábolas y los milagros, se centró en la misión de Jesús: evangelizar a los pobres, según el texto de Isaías 61.

Por todo ello, se podría concluir que San Vicente era un profundo “estudioso” de la Sagrada Escritura. Según Vansteenkiste (1982), la consultaba, hacía selecciones y se empapaba de textos útiles para aclarar y simplificar el sistema teórico de la vida sobrenatural.

Imbuido de la Palabra de Dios, San Vicente oraba y actuaba. Quien se encuentra de verdad con Jesús y se deja llevar por su amor no se lo guarda para sí, sino que lo comparte con los demás. San Vicente advertía: “hay que evitar leerlo por estudio, diciendo: ‘Este trozo me servirá para tal predicación’” (SV ES XIa, 37) como para la propia exaltación, para él la Palabra tenía que generar vida, no orgullo. San Vicente hacía todo para que el mayor número de personas pudiera experimentar la alegría del encuentro con el Maestro Jesús. Su predicación se basaba en su “Pequeño Método”, que pretendía explicar las verdades del Evangelio con ejemplos familiares, así como en las “Repeticiones de Oración”, practicadas sobre todo en la vida comunitaria. En cuanto al catecismo, enseñaba a los niños con un “Pequeño Catecismo” y a los adultos con el “Gran Catecismo”, ambos elaborados por él.

Por encima de todo, la lectura de la Palabra de Dios de San Vicente se convirtió en acción. Iluminado por la Sagrada Escritura, Vicente defendió la vida en todas las situaciones en las que se veía mermada, tendiendo la mano a los pobres excluidos del sistema social y eclesial y al clero que sufría por falta de educación.

2. La iluminación bíblica en las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión

Las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión también se elaboraron en consonancia con la Palabra. Los casi 33 años que tardaron en publicarse fueron comparados por San Vicente con el tiempo que Jesús pasó en la tierra. El santo quiso también “evitar muchos inconvenientes que sin duda podrían surgir de la publicación apresurada de las mismas Reglas” (CCEE p. 101). Consciente de que nada podemos hacer sino por la Gracia, San Vicente explica: “considérenlas no como producidas por el espíritu humano, sino como emanadas de la Divinidad, de quien proceden todos los bienes y sin quien no podemos pensar que nada por nosotros mismos proceda de nosotros” (CCEE p. 102), y finalmente ruega, por Cristo, que sus misioneros asimilen en su vida las directrices que en ellas se exponen para que, viviendo como el buen Dios quiere, también ellos puedan alcanzar finalmente la bienaventuranza celestial.

2.1. El origen de las Reglas Comunes

Según Flores (1995), las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión comenzaron a redactarse desde la fundación de la Congregación (1625). Coste (1991, p. 7) deja claro que San Vicente “sabía muy bien que la experiencia es la mejor escuela para los hombres de acción, razón por la cual sometió todas sus obras a la prueba del tiempo, modificándolas, corrigiéndolas o adaptándolas según las lecciones que recibía”.

Flores (1995) aclara que, aun siendo consciente de su importancia y autoridad en la Congregación, San Vicente, apoyado por la bula *Salvatoris Nostris*, quiso encontrar colaboradores entre los misioneros para redactar las Reglas Comunes, entre ellos los Padres Lebreton, Codoing y Dehorgny, así como la Asamblea de 1642, donde se nombró una comisión redactora para llegar más fácilmente a conclusiones aceptables para todos. El texto fue modificado en la Asamblea General de 1651, que fue del agrado de todos porque se ajustaba al modo de vida de los misioneros.

Gracias al Códice Sarzana, publicado por el P. Angelo Coppo, CM en 1957, y a los tres documentos¹ recientemente descubiertos y analizados por Rybolt (2008), es posible seguir la evolución del texto de las Reglas Comunes, desde las primeras versiones hasta la oficial. Estos tres documentos: Constantinopla (C), Madrid (M) y Troyes (T) corresponden a transcripciones de las Reglas Comunes en construcción.

Rybolt (2008, p. 218) subraya la importancia de estudiar estos primeros textos, ya que “contienen la inspiración original de San Vicente para sus cohermanos”. Para el autor, San Vicente consideraba las cartas que escribía como “pequeñas reglas” y recuerda también que desde 1632 ya existía un “Orden del día” que guiaba la vida cotidiana de la comunidad. En una carta escrita en 1632, San Vicente afirma: “todavía no hemos hecho nuestras reglas” (SV ES I, 196), pero puede que se esté refiriendo aquí al texto terminado. Rybolt (2008) cree que estas Primeras Reglas Comunes debieron existir a partir de 1637, cuando comenzó el primer Seminario Interno en París. Al comparar los textos de las Primitivas Reglas Comunes con el de las Reglas Comunes Oficiales, publicadas en 1658, Rybolt (2008, p. 221) identifica que: “Vicente sigue generalmente el texto de sus Reglas Comunes Primitivas, pero suele ofrecer un texto más claramente desarrollado, en términos espirituales y teológicos”.

Publicadas finalmente en 1658, el 17 de mayo del mismo año se hizo la entrega oficial de las Reglas Comunes a los misioneros

Seguro que hemos leído la escena muchas veces y todavía nos emociona ver a los misioneros desfilando para recibir el Libro de Reglas, besándolo devotamente, besando la mano de San Vicente, escuchando de él unas palabras de aliento y volviendo a sus lugares, seguramente con el corazón lleno de alegría, gratitud y buenas intenciones de fidelidad. El P. Almerás se arrodilló y pidió a San Vicente que bendijera a toda la comunidad, que se arrodilló con él. San Vicente, también arrodillado, pidió la bendición

¹ El primer texto, el más antiguo (finales del siglo XVII) a juzgar por la antigüedad de su grafía francesa, apareció entre los documentos que había en Constantinopla-Estambul (C), en la casa de San Benito; el segundo se encuentra en el archivo provincial de la Congregación de la Misión en Madrid (M), fechado en 1699 y escrito por Jean-Claude Paris (1669-1755), y el tercero en el departamento de los archivos del Aube en Troyes (T) (siglo XVIII). Cf. RYBOLT, John Earl. Las Primitivas Reglas Comunes de la Congregación de la Misión. En *Vincentiana*, Roma, n° 3, pp. 215-216, mayo-junio de 2008.

del Señor sobre las Reglas y sobre los misioneros, por la gracia de observarlas fielmente hasta la muerte (OLCOZ, 2008, p. 149).

Las Reglas Comunes de la Congregación es donde, según Rybolt (2008, p. 240) vemos a San Vicente “en la cumbre de su reflexión espiritual y teológica sobre la vida del misionero”. Y concluye que el “desarrollo desde la idea original, a través de la experiencia, hasta la reflexión teológica y la oración, es lo que hace de las Reglas Comunes el clásico espiritual que son”.

2.2. El contenido de las Reglas Comunes

Las Reglas o Constituciones Comunes de la Congregación de la Misión contienen un prólogo y la regla propiamente dicha organizada en doce capítulos. Según Flores (1996, p. 539), no presentan “todos los elementos que configuran jurídicamente la Congregación de la Misión, como son los referentes a las figuras de gobierno y administración de bienes y la determinación de los derechos y obligaciones de los miembros de la comunidad, etc.” Las Reglas son más bien un manual de vida y recogen el espíritu de la Compañía Vicenciana, por lo que no existen Constituciones Mayores, Reglas Particulares o normas relativas a asambleas y votos.

2.2.1. Capítulo I

En él, San Vicente define la finalidad de la Congregación y señala que Jesucristo fue enviado al mundo para salvar a la humanidad, y que empezó por hacer y sólo después por enseñar. Aquí el santo no presenta al Cristo de las películas, sino al de la Sagrada Escritura: 1 Timoteo 1,15 “Jesucristo vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”, Juan 12, 47 “No he venido a condenar al mundo, sino a salvarlo” o Mateo 18,11. “El Hijo del Hombre vino a salvar lo que estaba perdido”. San Vicente asocia la labor del clero con Lucas 4,18-19, resumida en la premisa: “El Señor me ha enviado a evangelizar a los pobres”, y de los laicos, hermanos coadjutores, con Lucas 10,40 “Marta estaba ocupada en muchas tareas”.

2.2.2. Capítulo II

En el capítulo II, San Vicente delineó la espiritualidad de los misioneros: las máximas evangélicas opuestas a las del mundo: sencillez, humildad, mansedumbre, mortificación y celo; sentando las bases de las relaciones mutuas entre los miembros de la Congregación como miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Quiso que sus misioneros vivieran esas virtudes, basándolas, entre otros, en pasajes bíblicos:

a) Al hablar de la Simplicidad, evocaba: “Sed, pues... sencillos como palomas” (Mt 10,16);

b) Al referirse a la Humildad y a la Mansedumbre, citó: “Llevad mi carga y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras vidas” (Mt 11,29);

c) Para tratar de la Mortificación, San Vicente se apoya en: “Entonces Jesús dijo a todos: “Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día y sígame” (Lc 9,23);

d) San Vicente basa su celo apostólico en 1Cor 9,19: “Aunque soy libre respecto a todos, me he hecho servidor de todos para ganar al mayor número posible” y sigue inspirándose en la Palabra de Dios hasta el final del capítulo: “Pero yo os digo: amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen” (Mt 5,44).

Vale la pena señalar que, según Prado y Franco (2014), las virtudes mencionadas fueron “llamadas también Consejos Evangélicos por el propio Vicente de Paúl”, ya que son virtudes de Cristo Jesús, y el santo no quiso teologizarlas; por el contrario, se refiere a ellas como situaciones normales de la vida cotidiana, y así lo hace toda persona que asume una misión dentro del universo de la espiritualidad vicentina.

2.2.3. Capítulos III, IV e V

Los Consejos Evangélicos también tienen un lugar en las Reglas Comunes. Se les reservan los capítulos III, IV y V. San Vicente trata en primer lugar de la Pobreza, seguida de la Castidad y la Obediencia. Al referirse a la Pobreza, San Vicente busca apoyo bíblico en dos pasajes: Mateo 8,20, cuando Jesús deja claro que “las zorras tienen madrigueras y las aves del cielo nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza” y Hechos de los Apóstoles 2,44-45, donde Lucas relata que “todos los que abrazaban la fe estaban unidos y compartían todas las cosas en común; vendían sus propiedades y posesiones y repartían el dinero entre todos, según la necesidad de cada uno”. En el capítulo dedicado a la Castidad, San Vicente alude a Mateo 1,18: “María, su madre, estaba prometida en matrimonio a José, y antes de que vivieran juntos, quedó encinta por obra del Espíritu Santo”. Al hablar de la obediencia, evoca el comportamiento de Jesús en Lucas 2,51 “Jesús bajó entonces con sus padres a Nazaret, y les permaneció obediente”.

Cabe señalar que las Reglas Comunes no mencionan la palabra “Votos” en ninguna parte”.

La omisión es deliberada, y se debe simplemente, dice san Vicente, a que “ninguna compañía habla nunca de ellos en sus reglas comunes, como las nuestras” (XII, 367). Los votos y sus aspectos jurídicos, en particular el voto de pobreza, se tratan en otros documentos que proceden de la autoridad pontificia, de la diócesis parisiense o de la misma Congregación de la Misión [...]. Las Reglas Comunes no mencionan la estabilidad, ni como voto ni como “consejo”, aunque San Vicente habló muchas veces de estabilidad a sus misioneros, y sin duda pensaba que las Reglas Comunes estaban escritas para hombres que permanecerían en la Congregación de la Misión hasta la muerte en respuesta a la llamada de Dios, una llamada que no pide una respuesta temporal, sino “estable”, permanente (ANDÍA, 2008, p. 189).

2.2.4. Capítulo VI

Toribio (2008, p. 204) se pregunta si sigue siendo válido hoy lo que San Vicente decía en el capítulo VI de las Reglas Comunes sobre “el cuidado de los enfermos (nn. 1 y 2) y su participación en la misión (nn. 3)”. El propio Toribio responde positivamente a su pregunta: “Por supuesto que es válido [...] que cuidemos a los enfermos y que los enfermos aprovechen para evangelizar a los pobres.” San Vicente aconseja que “dondequiera que visitéis a un enfermo, ya sea en casa o fuera de ella, no lo miréis como a un hombre, sino como al mismo Cristo” (RC VI, 2), por lo que su pensamiento está en consonancia con Mateo 25,36, donde Jesús nos dice “Estuve enfermo, y me cuidaron”.

2.2.5. Capítulo VII

Según Flores (1995), en el capítulo VII sobre la modestia, San Vicente “ofrecía directrices generales para la conducta íntima de los misioneros, basándose en el consejo de San Pablo a los Filipenses 4,5: “Que vuestra bondad sea notoria a todos”, para que la gente se complaciera en estar a su lado.

2.2.6. Capítulo VIII

El capítulo VIII fue reservado por San Vicente para tratar de la conversación mutua de nuestro pueblo, donde explicó aspectos importantes de la vida comunitaria, como el amor mutuo, evocando Juan 13,34: “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros. Como yo os he amado, amaos también vosotros los unos a los otros”, así como, según Flores (1995, p. 540), “advertía sobre las amistades particulares y las aversiones; sobre la terquedad y las opiniones; sobre el silencio de palabra y de obra; sobre el respeto a los superiores, y exhortaba a unir lo útil con lo agradable en las conversaciones”, para que la convivencia entre los misioneros fuera agradable y fructífera. Todas estas directrices las respaldaba con pasajes como: Jn 13,14; Mt 5,23-24; Lc 10,1; Lc 22,26; Ecl 3,7b y Mc 12,17.

2.2.7. Capítulo IX

Un misionero vicentino es una persona que necesariamente tiene que relacionarse con forasteros de distintas clases; consciente de ello, San Vicente dedica el capítulo IX de las Reglas Comunes a la conversación con los forasteros. El santo nos recuerda que en la Biblia encontramos pasajes en los que el Señor instruye a sus discípulos sobre cómo deben tratar a los escribas, fariseos, jueces y cuando los invitan a banquetes, como Mateo 10,17-20 y Proverbios 23,1.

2.2.8. Capítulo X

En este capítulo, según Flores (1995, p. 540), San Vicente señala que una comunidad misionera es una comunidad que reza y trabaja, y señala las prácticas de piedad de la comunidad vicenciana: “devociones a los misterios de la Trinidad, la Encarnación, la Eucaristía y Nuestra Señora; rezo del oficio divino, confesión frecuente, oración diaria, corrección fraterna, mortificaciones comunitarias, animación espiritual por medio de conferencias y ejercicios espirituales.” El santo también utilizó la Sagrada Escritura para apoyar su enseñanza, véanse los pasajes precedidos por los números de los artículos a los que se refieren: Art.: 1, Jn 7,14 y Lc 5,16; Art.: 4, Jn 19,26; Art.: 7, Lc 6,12; Art.: 10 Mc 1,12-13 y Art.: 13 Flp 2,8.

San Vicente daba un valor especial a la lectura de la Palabra de Dios, ordenando a los sacerdotes y clérigos que leyeran un capítulo del Nuevo Testamento al día, pero esta práctica no debía hacerse de cualquier manera, sino, para mayor disfrute, de rodillas y con la cabeza descubierta, y el lector debía seguir tres pasos importantes: “1º, adorar las verdades contenidas en el mismo capítulo; 2º, sentirse movido a revestirse del mismo espíritu con que Cristo o los santos las pronunciaron; 3º, resolverse a llevar a cabo los consejos y a imitar los ejemplos en él contenidos” (RC X, 8).

El método de oración utilizado y enseñado por San Vicente de Paúl es el mismo que el empleado por San Francisco de Sales, pero lo que diferencia a San Vicente, según

Mavrič en su Carta de Adviento 2018, es que utiliza menos la imaginación, al tiempo que valora más la oración afectiva, insistiendo mucho en la necesidad de propósitos concretos, así como orientando a los herederos de su carisma a no cultivar “bellos pensamientos” que no conducen a nada, ni a utilizar la oración como tiempo de estudio especulativo.

2.2.9. Capítulo XI

En el capítulo XI, San Vicente aborda el tema de las misiones y otras funciones de la Congregación en favor de los demás. El principio inspirador es Cristo, que también instruyó a sus discípulos sobre cómo hacer misiones: “La mies es mucha, pero los obreros pocos. Pedid, pues, al dueño de la mies que envíe obreros a la mies. Id...” (Lc, 10,2-11). Y para reforzar la necesidad de la misión, principal ministerio de la Congregación, San Vicente recurre a otros textos: Rom 10,14-15; Hch 20,34) y Mt 25,36b).

2.2.10. Capítulo XII

En el capítulo XII, San Vicente aborda algunos de los medios y auxilios necesarios para el buen y fructífero desempeño de esas funciones, dejando claro que “Jesús todo lo hace bien” (Mc 7,37), y pasa a destacar las virtudes que el misionero debe tener siempre presentes, presentando fundamentos bíblicos para muchas de ellas: a) Recta intención (Gal 1,10); b) No jactarse: (1Cor 19,31); c) No adular ni criticar a los compañeros, así como ser sencillo en la predicación y en la formación del clero, y prudente con los nuevos; d) No saber más de lo que se debe saber (1Cor 8,1-3); e) Ser pequeño y servidor de los demás (Mt 20,26-27); f) No caer en la pereza ni en el celo indiscreto, y mucho menos envidiar a otras comunidades (Nm 11,29); g) Fidelidad a las cinco Virtudes que caracterizan al misionero, comparándolas con las cinco piedras de David (1Sam. 17,40); h) Evangelizar no por la doctrina, sino por la demostración del Espíritu y de la Virtud (1Cor 2,4); i) Veneración y amor a nuestras Reglas, considerándolas como medios que Dios nos da para alcanzar la perfección correspondiente a nuestra vocación y, en consecuencia, realizar más fácil y útilmente la salvación del alma (Mt 11,12); j) San Vicente concluye recordándonos que, después de haber vivido todo según las normas mencionadas, o según las palabras de Cristo, “cuando hayáis cumplido todo lo que se os mandó, decid: 'Somos siervos inútiles; hemos hecho lo que debíamos hacer’” (Lc 17,10).

2.3. Panorama general de las Reglas Comunes

Según Flores (1995, p. 541), los primeros artículos de cada capítulo de las Reglas Comunes de la Congregación de la Misión son originales en contenido y formulación, aunque en algunos haya ecos de otras reglas, incluso monásticas. Estos primeros artículos son teológicamente inspiradores y motivadores, haciendo siempre referencia al ejemplo y a la Palabra de Cristo y presentando matices esencialmente vicencianos. Sin embargo, de los 142 artículos que contiene, 52 están evidentemente tomados de la regla jesuita.

3. VIVIR LAS REGLAS COMUNES O CONSTITUCIONES HOY

Las Reglas Comunes no son, por hoy, en su conjunto un cuerpo normativo con valor jurídico, y, por lo tanto, como observa Flores (1995, p. 542) “no rigen, fuera de aquellas disposiciones que han sido incorporadas a las Constituciones y Estatutos

vigentes²“. Así que las Reglas Comunes deben ser vistas, no como normas, sino como uno de los mejores medios que Dios ha proporcionado a los misioneros para alcanzar la perfección en la caridad y la perseverancia en su vocación.

Además de servir de texto base para las Constituciones de 1954, las Reglas Comunes escritas por San Vicente de Paúl influyen no sólo en las ramas de la Familia Vicenciana, sino también, según Flores (1995, p. 542), en “más de cien comunidades que se orientan de cerca o de lejos en la “barquita de San Vicente y observan su estrella”, como los Redentoristas, Salesianos y Misioneros de la Inmaculada Concepción.

3.1. Las Constituciones y Estatutos actuales

El texto actual de las Constituciones y Estatutos por los que se rige la Congregación de la Misión data de 1984 y es fruto de las exigencias que la Congregación ha experimentado como Iglesia a lo largo de su historia, con la publicación del Código de Derecho Canónico (1917) y la realización del Concilio Vaticano II (1962-1965). De este modo, la Compañía se ha amoldado también al inminente “engrandecimiento”, sin apartarse del carisma legado por San Vicente “a su familia espiritual: una vocación única, un nuevo tipo de vida comunitaria, así como una meta siempre estimulante, que debe adaptarse siempre sabiamente a los tiempos actuales” (CCEE, 1984, p. 15). Señalemos que San Vicente, a través de su Pequeño Método, explica a sus misioneros en el Coloquio 59, Tomo XI, cómo observar las Reglas Comunes.

3.2. Fidelidad a las Constituciones

Braga (2000, p. 392-400) destaca algunas líneas esenciales que muestran la fidelidad y el desarrollo de la finalidad y naturaleza de la Congregación de la Misión a lo largo de la historia, tales como: a) la finalidad de la Compañía,³ que es seguir a Cristo, evangelizador de los pobres: revistiéndose de su espíritu, evangelizando a los pobres y formando al clero y al laicado; b) la centralidad en Cristo: porque el aspecto cristológico es lo que caracteriza la Espiritualidad Vicenciana; c) la Iglesia: junto a Cristo, surge espontánea la referencia a la Iglesia, en la que Cristo se manifiesta y a través de la cual sigue realizando su misión; d) los Pobres, junto a Jesucristo, como polo de atracción de sus ideas y de su vida, San Vicente siempre dirigida a los pobres, y e) la vida fraterna y la oración: la caridad, el compartir, el ejemplo y la mutua edificación se afirmaron para sostener el esfuerzo común de vivir la consagración y la oración, y dar testimonio de la fecundidad del Evangelio; y la organización, hilo conductor de nuestro camino hasta ahora, que nos lleva a releer los capítulos de las Constituciones, contiene sobre todo principios y orientaciones doctrinales, y se concreta en la participación, la corresponsabilidad, la adaptación y la descentralización.

3.3. Leer y orar las Constituciones

Es lamentable ver que hay cohermanos que utilizan las Constituciones sólo para exigir derechos. El entonces Superior General, P. Richard McCullen, CM, en su carta de

² Las Reglas Comunes sólo se mencionan explícitamente siete veces en el actual CCEE (FLORES, 1995, p. 542)

³ Las Constituciones reúnen aspectos más espirituales y teológicos y los Estatutos, civiles y jurídicos. El artículo 1 de las nuevas Constituciones fue el último aprobado en la Asamblea General de 1980 (BRAGA, 2000, p. 391).

presentación de las Constituciones actuales, recomienda que se lean, se recen y se vivan. Flores (2000, p. 407) aconseja que se lean como se leería un libro de interés para la propia vida, apostolado y santificación.

Según O'Donnell (2000, p. 414), las Constituciones “son un instrumento de autenticidad en un mundo en construcción; son un instrumento de conversión”. O'Donnell cree que para ser fiel a las Constituciones hoy, hay que admitir que la fidelidad es ante todo una cuestión del corazón, y enumera algunos de los medios por los que cree que pasa la fidelidad: a) el amor a Dios, a la propia vocación, a San Vicente, a la Congregación, a los cohermanos, a los pobres, al clero, a los laicos, a los extranjeros y a los marginados; b) tener los ojos fijos en Jesús (Hb 12,2); c) vivir como amigos que se quiere bien (RC VIII,2); d) la disponibilidad para recibir el don de los pobres, pues más que dar, recibimos de ellos; y e) tener una vida interior, es decir, alimentar la propia vida en Dios a través de la oración; una oración encarnada, que nos impulsa a la acción.

Para ser fieles al carisma, debemos volver siempre a nuestros orígenes. Volver, como señala Santos (2018a), “a San Vicente, que abrazó como ideal de vida, como amor primero y definitivo, a Cristo Evangelizador de los Pobres, amado y servido a través de una vida totalmente consagrada a la Misión y a la Caridad con los Pobres.” Es este destino exclusivo a los pobres, explicado por Grossi (2016, p. 86-106), lo que da a los misioneros de la Compañía un estado propio, llamado por San Vicente “estado de caridad”, y vivir en este estado, según Santos (2018a, p. 3) es la comprensión teológica, la fuente de la vitalidad de la vocación, la especificidad y la prioridad de la Congregación.

3.4. Vivir las Constituciones

Vivir las Constituciones y Estatutos hoy es actuar desde la realidad en la que nos encontramos. Ante los problemas políticos, económicos y sociales, Santos (2018b) se pregunta de que manera, como Familia Vicenciana, podemos entender nuestra misión de “servidores de los pobres, que buscan cambiar las estructuras” y señala cómo podemos “revisitar y reafirmar los principios del Evangelio y de la vocación vicenciana, promoviendo el bien común, superando las situaciones de exclusión y discriminación, construyendo una sociedad solidaria, en paz, con más igualdad, que tenga en cuenta sobre todo la dignidad y los derechos de los más pobres y necesitados!”

Últimamente, la Iglesia busca el protagonismo de los laicos en su seno, idea que San Vicente puso en práctica con audacia en su tiempo, y en cada actualización de los textos de las Constituciones se da más protagonismo a los laicos, apareciendo, por ejemplo, en la finalidad de la Congregación donde se manda ayudar en la formación de los laicos (CCEE 1, 3) para que puedan participar más plenamente en la evangelización de los pobres. De este modo, urge formar y trabajar en colaboración con los laicos.

No hace falta ser un experto para observar que muchas personas en el mundo actual están sumidas en una lamentable crisis de sentido, y de sentido religioso; es preocupante saber que muchas de estas personas están en la Vida Consagrada y en las Sociedades de Vida Apostólica; tal crisis provoca secularización, vacío existencial y un estallido religioso, caracterizado, según Teixeira (2018, p. 58) “por el alejamiento de las tradiciones formales, el énfasis en la subjetividad y la sedienta búsqueda de satisfacción en la gigantesca variedad de productos religiosos puestos a disposición de todos.”

Teixeira (2018, p. 65) señala que, para estas personas, Jesucristo ya no es el principio estructurador de sus misiones, corriendo el riesgo de que sus acciones degeneren en esquemas ideológicos y actividades meramente filantrópicas. Es cierto que para servir

bien a la gente necesitamos recursos e instrumentos de diferentes instituciones de la sociedad actual, y ser fieles a las Constituciones y Estatutos es igual que la Compañía, que se sirve de tales instituciones para llevar a cabo su misión, aunque, como explica Mól (2018, p. 3), “los Padres y Hermanos Paúles del PBCM nunca hemos pretendido ser una ONG.” Las organizaciones que defienden la vida tienen sus méritos, pero como Congregación de la Misión, respondemos a la llamada del Evangelio a evangelizar a los pobres, defendiendo la vida hacia la construcción del Reino Definitivo, cuyos fundamentos son la Justicia y la Fraternidad.

Fiel al ideal del Fundador, el 25º Superior General, P. Tomaž Mavrič, sigue manteniendo a la Congregación en sintonía con las llamadas de la Iglesia en la persona del Santo Padre, así como promoviendo las misiones y, a través de ellas, las vocaciones. En la Carta de Convocatoria Misionera 2018, el P. Mavrič nos recordaba que el Papa Francisco ha anunciado que octubre de 2019 sería un “Mes Misionero Extraordinario”, con el lema: “Bautizados y enviados: la Iglesia de Cristo en Misión en el mundo”, invitando a todos los bautizados a que se implicara en este proyecto, invitación que nos alcanzó a todos los miembros de la Congregación de la Misión.

Definitivamente, la misión es un espacio privilegiado para las vocaciones, ya que hoy, según el Papa Francisco, “la Iglesia no crece haciendo proselitismo, sino atrayendo” (EG,14), por lo que un excelente testimonio misionero podrá atraer a candidatos admirables para unirse a los caminos del Reino dentro de la Congregación de la Misión.

San Vicente quería que los misioneros vivieran en comunidad, que no se limitaran a las cuatro paredes de la casa, pero según las Constituciones II, 19, esta vida fraterna debe ser un instrumento para la vida apostólica, un apoyo para el cumplimiento de la misión. El P. Robert Maloney, dirigiéndose a los superiores provinciales, presenta cinco momentos expresivos de la vida comunitaria, que él llama “las piedras angulares de las comunidades locales” (MALONEY, 1998, p. 177): las comidas, la oración, el descanso, las reuniones y el apostolado. Valorar estos momentos es esencial para crear vínculos, promover la comunión y fortalecer la misión.

Como estamos viendo, las Constituciones, en su conjunto y bien armonizadas, deben ser vividas. Flores (2000) sugiere que empecemos por leerlas sencillamente, como lectio constitucional, como lectio divina, considerando las diferencias. Luego profundizamos en ellos para finalmente hacerlos revivir. Según Flores (2000, p. 406), si no se viven las Constituciones, se cae en una anomia que acabaría con el colapso de la Congregación, y desconocer las Constituciones sería como rechazar la voz de Dios y, por tanto, ser teológicamente infiel.

Aunque la Compañía se rige actualmente por las Constituciones y Estatutos publicados en 1984, las Reglas Comunes no han perdido su sentido, sino todo lo contrario. El volumen contiene íntegramente el texto escrito por San Vicente, reuniendo los textos de las Constituciones y Estatutos con la clara intención de que las Reglas Comunes también sigan siendo leídas, rezadas y vividas en nuestros días y en el futuro.

Consideraciones finales

Analizar las Reglas Comunes, y a través de ellas aspectos relevantes de las actuales Constituciones y Estatutos de la Congregación de la Misión, nos motivó, como sugirió McCullen (CCEE p. 6), a no contentarnos con dejar tal proyecto sobre el papel,

sino a imprimirlo en nuestros corazones y expresarlo en nuestra vocación de predicar el Evangelio a los pobres. Ya que, de hecho, las Constituciones son un instrumento para permitirnos amar más eficazmente lo que San Vicente amó y practicar lo que enseñó.

Al analizar los pasos dados para elaborar este trabajo, creemos que cada uno de ellos ha sido relevante para una visión más precisa de las Reglas Comunes y de aspectos importantes de las actuales Constituciones y Estatutos de la Congregación de la Misión. En ella hemos tratado de identificar el fundamento bíblico de las citadas Reglas, y lo hemos hecho a través de tres capítulos específicos.

El primer capítulo aborda aspectos importantes de la vida de San Vicente en relación con la Palabra de Dios. Repasando la historia desde el siglo I hasta la época de la vida del Santo, el siglo XVII, vemos que el acceso a la Biblia en esta época era tímido y bastante limitado. Cuando el cristianismo se convirtió en la religión del Imperio Romano, la religión ya no era perseguida, pero el acceso a la Palabra estaba restringido al clero o a las personas ricas y cultas, ya que los libros eran raros y sólo estaban en latín. En 1517, Lutero emprendió la Reforma protestante, creando una nueva religión y traduciendo la Biblia al alemán, época en la que la Iglesia aplicó la Contrarreforma con el Concilio de Trento (1545). San Vicente vivió en la época de la Iglesia tridentina. Leía las Sagradas Escrituras todos los días y animaba a los misioneros a hacer lo mismo. San Vicente, con una lectura encarnada de la Palabra de Dios, no apologética ni dogmática, evangelizó a los pobres, formó al clero y aplicó la revelación bíblica a su propia vida.

En el segundo capítulo intentamos identificar la inspiración bíblica de San Vicente en las Reglas Comunes. Hemos visto que las Reglas tardaron casi treinta y tres años en ser redactadas y entregadas a los misioneros. Según San Vicente, esto se hizo “tanto para imitar a Cristo nuestro Salvador en haber comenzado a hacer primero antes de enseñar, como también para evitar muchos inconvenientes que sin duda podrían surgir de la publicación apresurada de las mismas Reglas” (RC p. 101). Así como el contenido de las mismas, comentando cada uno de los doce capítulos.

Además de señalar lo esencial de los citados capítulos, hemos expuesto las citas bíblicas que fundamentan lo que San Vicente defiende en las enseñanzas, orientaciones y deliberaciones del documento, centradas en los Textos Sagrados y en la persona de Nuestro Señor, hasta el punto que San Vicente resume: “Jesucristo es la Regla de la Misión” (SV XII, 130; ES XI, 429). Concluimos, por tanto, que la fiel observancia de las Reglas Comunes es uno de los mejores caminos que Dios ha dado a los misioneros para alcanzar la perfección en la caridad y la perseverancia en su vocación.

Por último, nos proponemos arrojar luz sobre cómo vivir hoy las Reglas Comunes o Constituciones. El texto actual de las Constituciones y Estatutos tiene su origen en las Reglas Comunes escritas, rezadas y vividas por San Vicente de Paúl. La última publicación, fechada el 27 de septiembre de 1984, pretende responder a las llamadas de la Iglesia actualizando su actividad apostólica bajo la inspiración del Concilio Vaticano II.

Entendemos que el documento, además del valor jurídico normativo más presente en los Estatutos o del valor espiritual y fraterno propio de las Constituciones, conserva íntegro el texto de las Reglas Comunes, que, según Rybolt (2008, p. 240), es donde San Vicente expresa el “más alto nivel de su reflexión espiritual y teológica sobre la vida del Misionero”, y que el desarrollo de la idea original, desde la experiencia a la reflexión teológica y la oración, es lo que hace de las Reglas Comunes un clásico espiritual.

Las Constituciones y Estatutos de la Congregación de la Misión no son un libro para olvidar en un cajón, sino para leer, rezar y vivir. Como San Vicente, en sus 27 conferencias sobre las Reglas Comunes, o el entonces Superior General P. Richard McCullen, CM, en su carta de presentación de las Constituciones actuales, nosotros también defendemos que las Constituciones en su conjunto deben ser vividas. Flores (2000, p. 406) sugiere que empecemos por leerlas con sencillez, como una *lectio*, profundicemos en ellas y, finalmente, hagamos que cobren vida. Si no se viven las Constituciones, se cae en una anomia que acabaría haciendo un flaco favor a la Congregación.

Hemos entresacado de Braga (2000, p. 392-400) algunas líneas esenciales que muestran la fidelidad y el desarrollo de la finalidad y naturaleza de la Congregación de la Misión a lo largo de la historia, como son: a) vivir la finalidad de la Compañía, b) basar toda nuestra acción en Jesucristo, c) ser Iglesia y d) evangelizar y servir a los pobres. Como él, creemos que vivirlos nos mantendrá fieles a lo que San Vicente soñó cuando fundó la Congregación, y que estaremos ayudándola a seguir cumpliendo su misión en la Iglesia y en el mundo de hoy.

En definitiva, aunque la Compañía se rige actualmente por las Constituciones y Estatutos publicados en 1984, el texto original de las Reglas Comunes, escrito y entregado por San Vicente a los misioneros el 17 de mayo de 1658, no ha perdido su sentido. El texto aparece íntegro en la edición actual, entre los documentos Constituciones y Estatutos, con la clara intención de que las Reglas Comunes sigan siendo leídas, rezadas y vividas también en nuestros días y en el futuro.

Referencias

- Andía, Jaime Corera. 2008. Os tres consejos evangélicos en las Reglas Comunes. In Vicenteiana, Roma, Año 52, Nº 3, p. 189-203, mayo-junio.
- Aquino, Felipe. 2018. É verdade que a Igreja proibiu a leitura da Bíblia? Cleofas, Lorena – SP, 19 set. 2018. Disponível em: <<https://goo.gl/zPcNk1>> Acesso em 23 abr. 2024, às 20h05.
- Bíblia Sagrada - Edição Pastoral. São Paulo, Paulus. 2002. Disponível em: <<https://goo.gl/6vwggN>> Acesso em 11 mai. 2024, às 22h01.
- Braga, Carlo. 2000. Las nuevas Constituciones. In Vicenteiana Año 44, nº 4/5 julio-octubre, p. 390-401
- Congregação da Missão. 1984. Constituições e Estatutos. Roma, Gráfica Vicentina.
- Coste, Pierre. 1991. El Señor Vicente, el gran santo del gran siglo Tomo II. Salamanca, CEME.
- Dodin, André. 1947. "Saint Vicente de Paul", Paris.
- _____. 1989. "Monsieur Vicente de Paul e la Bible" in Lê Grand siecle et la Bible Beauchesne. Paris, p.218-219
- Flores, Miguel Péres. 2000. Leer y orar las Constituciones. In Vicenteiana Año 44, nº 4/5 julio-octubre, p. 402-412.
- _____. 1995. Reglas. In Diccionario de espiritualidad vicenciana. Salamanca: CEME, p 537-545
- Fonsatti, José Carlos. 2003. São Vicente de Paulo e a Bíblia. In Revista IPROSUL, Curitiba-PR, Nº 145, p. 24-37, janeiro/março.

- Francisco, Papa. 2013. *Evangelii Gaudium: sobre o anúncio do Evangelho no mundo atual*, Roma, 24 nov. Disponível em: <<https://goo.gl/Zo11QR>> Acesso em 02 mai. 2024, às 20h14.
- Maloney, Robert. 1998. *O caminho de São Vicente de Paulo: uma espiritualidade para nossos tempos a serviço dos pobres*. Trad. Lucy Cunha. Rio de Janeiro: CNB – SSVV.
- _____. 1998. *Tempos na vida espiritual: reflexões sobre a espiritualidade vicentina no mundo hoje*. Trad. Maria Amélia Ferreira Ribeiro. Curitiba: Gráfica Vicentina.
- Matos, Henrique Cristiano José. 2007. *Igreja: povo a caminho – síntese da bimilenar história da Igreja*. Belo Horizonte: O Lutador.
- Mavrič, Tomaž. 2018. *Carta del Adviento*. Roma, 19 nov.
- _____. 2018. *Carta de la llamada Misionera*. Roma, 21 out. 2018.
- Mól, Geraldo Eustáquio. 2018. *Renovação do CEBAS*. In *Informativo São Vicente*. Ano LII, Nº 302, abril, maio e junho.
- Prado & Franco, Luiz Roberto Lemos do e Alexandre Nahass. 2024. *As cinco virtudes da Espiritualidade Vicentina*. In: *Província Brasileira da Congregação da Missão*, Rio de Janeiro, 2014. Disponível em: <<https://goo.gl/wESxhJ>> Acesso em: 15 jan.
- Román, José María. 1981. *San Vicente de Paúl (I): Biografía*. Madrid: BAC.
- Rybolt, John Earl. 2008. *Las Reglas Comunes Primitivas de La Congregación de la Misión*. In *Vicentiana*, Roma, Ano 52, Nº 3, p. 215-240, mayo-junio.
- San Vicente De Paúl. 1986. *Obras Completas*. Salamanca: Sígueme | CEME, 1972-1986.
- _____. 2012. *Obras Completas*. Belo Horizonte: O Lutador.
- Santos, Eli Chaves dos. 2018. *A missão vicentina em tempos de Bolsonaro. Alguns elementos para provocar a reflexão sobre a missão vicentina em tempos de avanço da direita*. Instituto Humanitas Unisinos, São Leopoldo - RS. 08 nov. 2018b. Disponível em: <<https://goo.gl/ZNdj6u>> Acesso em 24 abr. 2024, às 17h15.
- _____. 2018. *Ponernos en salida misionera hacia los más pobres*. Congregación de la Misión, Roma. 29 out. 2018a. Disponível em: <<https://goo.gl/dGK81U>> Acesso em 23 mai. 2024, às 17h.
- Teixeira, Vinicius Augusto Ribeiro. 2018. *A vida consagrada e o contexto atual*. In *Convergência*. Ano: LIII Nº 517, dezembro.
- Toribio, Vicente de Dios. 2008. *De lo que se refiere a los enfermos*. In *Vicenteiana*, Roma, Ano 52, Nº 3, p. 204-212, mayo-junio.
- Vansteenkiste, Mairice. 1982. "Monsieur Vicente e la Bible" *Bulletin de la Societé de Borda*, Nº 388 p. 585.
- Wisniewski, Eugênio José. 2008. *São Vicente de Paulo e a Bíblia*. *Informativo São Vicente*, Rio de Janeiro – RJ, Ano XLI - Nº 273, p. 164-170, julho/agosto.